

Reseñas

Ignacio Almada, *Breve historia de Sonora*, El Colegio de México/Fideicomiso Historia de las Américas/Fondo de Cultura Económica, México, 2000, 200 pp.

Existen varias historias generales del estado de Sonora, como la *Historia general de Sonora* (Gobierno del Estado de Sonora, 1985) y *Sonora: una historia compartida* (Gobierno del Estado de Sonora/Instituto Mora, 1989), por citar sólo algunos ejemplos. Durante largo tiempo, sin embargo, no ha existido una historia sucinta y actualizada, así como tampoco dirigida hacia el público en general.

La presente obra, que forma parte de la serie titulada "Breves Historias de los Estados de la República Mexicana", cumple ampliamente con la tarea de llenar este vacío. El objetivo principal del autor consiste en delinear a grandes rasgos la historia de Sonora, resaltando, sobre todo, las características peculiares de su desarrollo, así como los varios elementos de continuidad que se detectan a lo largo de su evolución como entidad. La realización de esta obra representa el fruto de años de investigación en los archivos y bibliotecas de México y en el extranjero.

Antes de entrar de lleno a su tema, el autor nos presenta una semblanza del entorno físico de la entidad. Nos dirige la atención, en particular, a sus características topográficas muy variadas. En el rincón noroeste, por ejemplo, se encuentra el desierto de Altar, una zona inmensa de aproximadamente 8 000 kilómetros cuadrados. Según el geógrafo Claude Baillaillon, este mar de arena con dunas móviles, formado en gran parte por los sedimentos del delta del río Colorado, es el único desierto clásico mexicano. Sin embargo, aun cuando predomina en la mente del público la imagen de Sonora como una región en general muy árida, de hecho, como señala el autor, el monte es el elemento más distintivo del paisaje. Al citar a Jorge Luis Borges, comenta:

Aquí tiene el monte una hora de la tarde en que está por decir algo: nunca lo dice o tal vez lo dice eternamente y no le entendemos, o lo entendemos pero es intraducible, como una música honda o como el rumor atareado de la lluvia [...].

El estado también cuenta con un clima sumamente extremo. Durante el

verano, “el sol sin descenso”, comenta Almada,

reverbera durante el verano; el aire es tan caliente como el de un horno encendido; hay semanas en que el calor continúa tanto de día como de noche; las cosas guardan un borde candente; se agrieta el suelo y disminuye, de manera alarmante, el nivel del agua en presas y pozos.

Los inviernos, por otro lado, como indica el autor, suelen ser crudos, sobre todo para los pobladores del campo, con sus heladas y granizos que echan a perder las cosechas. Este capítulo inicial, escrito con toques emotivos y con una pasión que refleja todo el amor del autor hacia esta tierra desafiadora, vale la pena ser leído por sí solo y por sus propios méritos como ensayo.

La época prehispánica constituye, como el autor comenta, el periodo menos conocido, así como el más largo en la historia de la entidad. La falta de conocimiento se debe en gran parte a la escasez de fuentes escritas de primera mano, que presentan una visión del pasado indígena, esencialmente a través de los ojos de los conquistadores. La arqueología, la lingüística, la etnología, así como otras muchas especialidades, ofrecen opciones en términos de metodologías y técnicas en la reconstrucción de este periodo. Como indica Almada, la tarea de preservar e interpretar los datos provenientes de estas investigaciones es verdaderamente prodigiosa y proporcionará trabajo para los investigadores durante muchos años.

Al tratar de la etapa del dominio español, el autor hace hincapié en las muchas maneras en que la colonización de los territorios del noroeste se diferenció del caso de las regiones del centro y sur de

Nueva España. Los jesuitas, por ejemplo, en lugar de construir grandiosas iglesias y predicar en latín o en español, se empeñaron desde un principio en aprender los idiomas de los varios grupos de indígenas. El uso de esta estrategia, que tuvo sus orígenes en las reglas de su orden, facilitó enormemente la tarea de evangelización.

El autor también analiza el papel de las epidemias, que comenzaron a aparecer en la región del noroeste hacia finales del siglo XVI, en la colonización y evangelización del noroeste. Por un lado, como comenta Almada, las enfermedades contagiosas causaron un descenso de la población —aunque no tan pronunciado como en el centro y sur de Nueva España— que, a su vez, también resultó en un aumento de las tierras baldías, así como reacomodos y migraciones de los grupos de indígenas. Estos cambios facilitaron la apropiación de las tierras indígenas por parte de los colonizadores españoles. De esta manera, el descenso poblacional provocado por las epidemias dio lugar a una serie de cambios en el territorio, que tuvieron repercusiones importantes en el desarrollo subsecuente de la región.

El autor muestra la manera en que las epidemias también facilitaron la tarea de la evangelización. De interés particular, señala, es el caso del papel que tuvo el bautismo en la conversión de los indígenas, y explica que, tanto los indígenas como los europeos, atribuían las enfermedades contagiosas a un castigo divino. Los indígenas creían que el rito del bautismo podría protegerlos de estas pandemias. Además, la imagen de los jesuitas, proporcionando auxilio a los indígenas enfermos, también los dejó impresionados y, por lo tanto, facilitó su aceptación del bautismo y su conversión a la fe cristiana.

Desde luego, la hispanización no dejó su huella en todos los aspectos de la vida de la nueva provincia. Una excepción notable es la de los nombres geográficos de la entidad. A diferencia del caso de las provincias del noreste de Nueva España, en donde existen gran número de nombres geográficos hispanos, en Sonora llegaron a predominar finalmente nombres indígenas. Este es el caso, incluso, con respecto a los valles de los ríos Yaqui y Mayo, en donde los misioneros jesuitas establecieron varias misiones.

El autor destaca el periodo de las reformas borbónicas como el más significativo en el desarrollo de la región antes de la independencia. Este programa de medidas, diseñadas a fortalecer el control del gobierno real sobre sus colonias en las Américas, se inició en la Nueva España con la llegada del visitador general José de Gálvez en 1767. Concluyó con la anulación, en 1809, de un decreto promulgado cinco años antes (en 1804), que ordenó que pasara a formar parte de la tesorería real el capital guardado por la Iglesia en los fondos piadosos y las capellanías. Uno de los cambios más contundentes, en términos de su impacto sobre el desarrollo posterior de la entidad, fue la expulsión de los jesuitas en 1767 y su sustitución por franciscanos (en las regiones de la Pimería Baja y Alta) y clérigos seculares (estos últimos encargados de las antiguas misiones jesuitas de los ríos Yaqui, Mayo, Fuerte y Sinaloa). Después de la expulsión, los llamados “comisarios reales”, o funcionarios encargados por parte de la corona de la administración de los bienes de misión, se los apropiaron para ellos mismos o los dilapidaron, siendo protegidos legalmente al tener la autorización para utilizarlos en las campañas contra los yaquis y pimas.

En un esfuerzo por detener el deterioro de las misiones bajo este grupo de oficiales, el visitador general José de Gálvez (1765-1771), transfirió la administración de las “temporalidades” —como fueron denominadas— a los franciscanos, que eran menos numerosos que los jesuitas. Como muestra el autor, el debilitamiento del control de la Iglesia sobre la región dejó como legado permanente una escasez de sacerdotes.

Las reformas reales también resultaron en un aumento considerable de la presencia militar en la zona, con la llegada de contingentes de tropa mucho más numerosos y, sobre todo, el gran incremento en el número de presidios. Como indica el autor, este periodo puede ser visto como una “segunda entrada” por parte de las autoridades reales, en un intento por consolidar su control sobre esta zona y evitar las incursiones de los indígenas contra las comunidades del sur.

Al mismo tiempo, ocurrió un auge en la minería, debido en parte al descubrimiento de nuevos yacimientos de metales preciosos. El descubrimiento más espectacular fue la fiebre de oro que ocurrió en La Cieneguilla, al suroeste de Caborca, de 1771 a 1783. El auge minero de esta época fue hasta cierto punto efímero, dado que se trató de la explotación de placeres de oro y vetas de plata cerca de la superficie, como en el caso de los yacimientos argentíferos descubiertos en la sierra de San Marcial, al este de Guaymas, en 1773.

Otras de las reformas gubernamentales consistieron en la medición y el fraccionamiento de las tierras de misión para crear terrenos para los indígenas, la fundación del puerto de Guaymas (1769), así como la propuesta para establecer allí una feria comercial anual. También se in-

crementó de manera muy notable la ganadería, que pronto se convirtió en otro de los sostenes principales de la economía de la entidad.

A consecuencia de las reformas, así como sus repercusiones, los colonos españoles, que antes se concentraban en la sierra, también empezaron a poblar la franja costera. Se estableció un eje norte-sur (Guadalajara-Sonora), que sustituyó al eje transversal (Parral-Sonora) que había predominado anteriormente. Aunque el autor no lo indica, hay que señalar que este cambio también se debió a otro efecto de las reformas borbónicas en el terreno económico, el de acabar con el control monopolista hasta entonces ejercido por el Consulado de Comerciantes de la ciudad de México, que condujo a un auge en los pueblos de las provincias, sobre todo en el caso de Guadalajara. Estos cambios en los ejes de la población y de la economía del noroeste tendrían repercusiones muy importantes en la época después de 1821, sobre todo con respecto al crecimiento y desarrollo del puerto de Guaymas.

En el capítulo dedicado al siglo XIX, el autor sigue apuntando las diferencias entre el desarrollo de Sonora y el noroeste en general y lo que ocurrió en otras regiones de la república. No se llevó a cabo, por ejemplo, ninguna revuelta en la región durante la guerra de Independencia (1810-1821). Sea como fuere, hubo cambios importantes durante este periodo, como la apertura de Sonora al comercio internacional, con la creciente llegada —a pesar de las prohibiciones existentes— de barcos extranjeros (principalmente británicos y estadounidenses). Un caso notable ocurrió, como señala el autor, con la llegada de un barco inglés a Guaymas, que

dio lugar a que los comerciantes locales llevaran a cabo improvisadamente la primera feria comercial celebrada en el puerto.

Otro rasgo peculiar de Sonora en el siglo XIX trata del conflicto por la ubicación del capital, una lucha que duró hasta finales de la década de 1870. Esta porción del libro, que trata del periodo complejo de las luchas civiles de la entidad, es un poco escueta, debido, uno puede suponer, a las limitaciones en términos de espacio impuestas por el tipo de publicación contemplado por el comité editorial de la serie de historias de los estados. Se hubiera podido, por ejemplo, comentar sobre el desarrollo del puerto de Guaymas durante el porfiriato, su conversión en uno de los centros mercantiles más importantes del estado, así como la importancia estratégica de su ubicación como terminal marítima del ferrocarril del Sudpacífico.

Al abordar la etapa de los inicios de la revolución hasta el presente, el autor optó por enfocarse no en la lucha armada de 1910-1920, que ha sido tema de un sin fin de estudios especializados y de divulgación, sino más bien en un análisis de la labor constructiva del periodo posrevolucionario. Los varios logros alcanzados durante este momento en la agricultura, la industria, el comercio y la educación —para mencionar sólo algunas áreas— han contribuido a definir, desde muchos puntos de vista, al estado de Sonora en la actualidad.

La primera etapa de este proceso fue de 1920 a 1935, conocido en la historia nacional como el de la “hegemonía sonorense”. Durante este lapso se establecieron los cimientos económicos y políticos del país en general, que comenzó a experimentar un ritmo de crecimiento econó-

mico inusitado, así como la industrialización en gran escala a partir de 1940. La siguiente fase o etapa se inició con la administración de Cárdenas, con la construcción de presas y distritos de riego, así como el reparto agrario en los valles del Yaqui y Mayo (1936-1937), que transformaron el sur de Sonora en una de las zonas de producción agrícola más importantes del país. El desarrollo de la agricultura de riego en el estado se aceleró durante los quince años entre 1940 y 1955, con la creación de cuatro distritos de riego adicionales: el valle de Guaymas-Empalme, la zona entre Hermosillo y la costa del Pacífico, la región alrededor de Altar y Caborca, así como la de San Luis Río Colorado.

El impulso económico proporcionado por la segunda guerra mundial, duró hasta 1970 aproximadamente, cuando el ritmo de crecimiento comenzó a disminuirse. En el transcurso de la guerra, se fortalecieron los vínculos entre las regiones de ambos lados de la frontera, que culminaron con la formación de la zona económica binacional que existe actualmente. Un eslabón importante en este proceso consistió en la construcción de la carretera entre la población fronteriza de Sonoita y Puerto Peñasco, en el golfo de California, que fue impulsada por el gobierno estadounidense. Hoy en día, en la época del TLCAN, esta ruta es una parte integral del denominado "corredor económico" entre Arizona y Sonora. Otro logro notable del periodo de la guerra, referente a la educación superior, consistió en la fundación de la Universidad de Sonora (UNISON) en 1942.

El libro contiene una abundancia de mapas y gráficas que muestran las distintas regiones de poblamiento, tipos de ac-

tividad económica, las divisiones territoriales entre entidades administrativas, etc., así como una cronología de fechas y periodos importantes en la historia de la entidad. El autor también ha agregado al final del libro una sección titulada "Bibliografía comentada", que es, a mi parecer, una valiosa aportación. En este ensayo, Almada presenta una discusión de las publicaciones más relevantes que tratan de los distintos periodos en la historia del estado, así como ciertos temas. Destaca, en particular, la necesidad de que se realicen traducciones de varios estudios importantes en inglés, como *In the Shadow of the Eagles: Sonora and the Transformation of the Border during the Porfiriato*, de Miguel Tinker Salas (University of California Press, 1997); y *The People of Sonora and Yankee Capitalists*, de Ramón Eduardo Ruiz (University of Arizona Press, 1988). También señala la conveniencia de que se editen de nuevo algunas obras que ya se encuentran agotadas y, por lo tanto, muy difíciles de localizar, como *La carrera política de don Ramón Corral*, de Jesús Luna (SepSetentas, 1975); *La revolución en el estado de Sonora*, de Francisco R. Almada (Imprenta Aranda, 1969); así como Manuel Sandomingo, *Historia de Agua Prieta* (Imprenta Sandomingo, 1951).

En conclusión, el libro de Almada ofrece al lector una ojeada fascinante en torno a la formación histórica de una región del país que, en lugar de permanecer como una entidad alejada en la periferia, con el tiempo ha ido estrechando sus vínculos con el resto de la nación hasta llegar a constituir uno de los estados más prósperos y desarrollados de la república. A lo largo del texto, se encuentra una abundancia de ideas y observaciones —el producto de muchos años de análisis y

reflexión sobre el tema—, que permiten al lector comprender algo de la complejidad y de los muchos aspectos peculiares de la evolución de esta región. Sin duda, la obra de Almada llegará a ser lectura obligada para cualquier persona interesada en adentrarse en la exploración de su pasado.

Lawrence Douglas Taylor Hansen
EL COLEGIO DE LA FRONTERA NORTE

Emilio Zebadúa, *Breve historia de Chiapas*, El Colegio de México/Fideicomiso Historia de las Américas/Fondo de Cultura Económica, México, 1999, 187 pp.

Antes de 1994, Chiapas representaba para muchos un lugar de indescriptible belleza física, en el que además de paisajes, edificios coloniales o ruinas mayas podía encontrarse el folklore de la vida indígena. Los entretelones de la historia local eran escudriñados por especialistas y, más allá de los círculos académicos, poco interesaban los resultados obtenidos. La aparición en escena del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) transformó, sin embargo, el tipo de mirada que dentro y fuera de México se hacía con respecto a una porción importante de su frontera sur.

A partir de entonces, un público amplio presta atención al devenir chiapaneco y, si bien la curiosidad mayor y las ofertas editoriales que han buscado darle respuesta se centran sobre todo en la coyuntura reciente, el largo plazo conserva sus fueros como hilo explicativo de cuanto hoy en día acontece o deja de acontecer. Desde tal perspectiva, *Breve historia de Chiapas*, de Emilio Zebadúa, representa la oportuni-

dad de conocer los distintos procesos que dieron su fisonomía actual a la entidad; aunque el proyecto que da vida al texto rebasa interrogantes surgidas en la inmediatez de los hechos, su contenido contribuye al análisis de estos últimos.

Al igual que otros libros de la misma colección, el trabajo de Zebadúa se encamina a difundir la trayectoria particular de una de las entidades político-administrativas que componen el México moderno. En su caso, a la ya de por sí ardua tarea de presentar en menos de 200 páginas un recorrido que abarca desde los primeros tiempos en que el territorio empezó a ser poblado, hasta la última década del siglo XX, habría que agregar el complicado escenario al que conduce dicha trayectoria.

En la medida en que se trata de una obra de divulgación, la carga del presente a la hora de leer el pasado tiende a difuminarse y la mira queda enfocada en las líneas generales de la historia chiapaneca; sin embargo, al repasarlas se van dibujando los distintos actores y momentos que han hecho de la entidad un espacio en el que impera la polarización. En el mismo sentido, la carencia de un aparato crítico al cual dirigirse para profundizar en la gran variedad de temas abordados, se suple con la inclusión de una bibliografía comentada, bajo el título de “Lecturas chiapanecas”, anexo que amplía los alcances de una síntesis inteligentemente hecha, pero cuya misma razón de ser la obliga a dejar en el tintero más de un tema. El interesado podrá recuperar en esta última parte, desde estudios de carácter general hasta aquellos dedicados a aspectos particulares de la economía, la política, la sociedad y la cultura durante las distintas etapas del periodo reseñado.